

una explicación clara y distinta, al menos una apreciable inteligibilidad. A propósito del mal, el autor aclara que no tiene como origen una causa eficiente; sino, más bien, una causa deficiente. "El mal proviene de una causa que no logra producir todo el ser o la perfección exigidos por la esencia o naturaleza del ente y, por este motivo, no puede proceder inmediatamente de la causa perfectísima que es Dios, sino de las creaturas", y esto vale tanto para el mal físico como para el mal moral.

El tratado de Derisi posee todas las cualidades, especialmente el orden, la claridad y la integridad que lo hacen particularmente apto para utilizarlo como texto de estudio en los seminarios y en las universidades. Pero el profundo estudio del augusto y sublime misterio de Dios que Octavio Derisi presenta, en su madura reflexión, no posee sólo valor especulativo, sino también práctico y pastoral: es un llamado al hombre de nuestro tiempo —distruido en cosas banales y devorado por el consumismo— al punto Omega que es el único capaz de dar sentido a nuestra vida y a nuestra historia. Con su *Tratado de Teología Natural* Mons. Octavio Derisi ha hecho un precioso don tanto a creyentes como a no creyentes: a los primeros para profundizar el conocimiento de Dios, a los segundos para buscarlo. Por este don, los numerosos discípulos con que Mons. Derisi cuenta, tanto en América Latina como fuera de ella, le están profundamente agradecidos.

BATTISTA MONDIN

EL X ANIVERSARIO DEL PRIMER CONGRESO MUNDIAL DE FILOSOFIA CRISTIANA

El 21 de octubre se cumplen diez años de la solemne inauguración del Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, reunido en Embalse, Córdoba, con motivo del primer centenario de la Encíclica *Aeterni Patris*, de León XIII. Me he detenido a pensar unos momentos en el simbolismo de estos diez años transcurridos, porque el diez, en el Antiguo Testamento, es el número redondo. Este número puede ser amplio o reducido: Por un lado, diez mandamientos (Ex. 20, 1-7). por otro, por ejemplo, las diez plagas de Egipto (Ex. 7, 11). En el Nuevo Testamento, tiene el diez un sentido enigmático: las diez dracmas de las cuales una se ha perdido (Lc. 15, 8); las diez minas que el señor dio en custodia a los diez siervos suyos (Lc. 19,13 ss); los diez días de tribulación de los justos (Ap. 2, 10). Sea, pues, símbolo de acontecimientos o de un cierto tiempo; sea de ambos a la vez, diez años es poco o es mucho. Es cuantitativamente poco, pero puede ser espiritualmente mucho. Como la levadura evangélica, al comienzo parecía poco, sobre todo cuando me vi de golpe ante la tarea de organizar el Congreso en 1977; después, dos años más tarde, parecía mucho en relación con nuestras pobres fuerzas. Y hoy, diez años más tarde, vuelve a parecerme poco o nada en relación con lo que es menester realizar como testimonio de la Verdad que ha dicho de Sí misma: "Yo soy el Camino"; o espiritualmente mucho, inconmensurablemente mucho en relación con nuestra nada. Así son las cosas de Dios: nada en cuanto a nosotros, *incommensurables* en cuanto a Dios que nos advierte siempre "sin Mí, nada podéis hacer" (Jn. 15,5).

El Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana se organizó con la convicción total de que sin El, sin el divino Maestro, nada podíamos hacer; pero que, con El, todo lo podíamos hacer. No es menester narrar la historia del Congreso

de Córdoba, donde se encendió la antorcha que ardió después en Monterrey y arde ahora en Quito, pues sería reiterar la crónica que oportunamente escribí.¹ Quizá sea suficiente recordar aquel simbolismo de los diez años —que por un lado indica un período amplio y por otro reducido— porque el Congreso reconocía antecedentes remotos, próximos e inmediatos: remotos porque escogía la tradición integral de Iberoamérica; próximos porque estaba incoado en la misma fundación de la Asociación Latinoamericana de Filósofos Católicos realizada en Brasilia el 3 de noviembre de 1972 (después Asociación Católica Interamericana de Filosofía) bajo la inspiración dinámica del R. P. Dr. Stanislavs Ladusans S.I., lo cual condujo inmediatamente a la fundación de Sociedades Católicas nacionales de Filosofía; inmediatos, porque el proyecto se concretó en julio de 1977 cuando el P. Ladusans me propuso, en San Pablo, la organización del Congreso en la Argentina. Así vino a fructificar, en ese proyecto, nuestra amistad nacida en 1971 cuando nos encontramos en Alta Gracia, con ocasión del II Congreso Nacional de Filosofía, entregados, los dos, él como sacerdote y yo como laico, *al mismo afán misionero de evangelización de la cultura*. Como no podía ser de otro modo si el Congreso se celebraba en la Argentina, Mons. Dr. Octavio Nicolás Derisi, por propia gravitación, ocupó la Presidencia de la Comisión Organizadora, reservándose para mí la Presidencia de la Comisión Ejecutiva. El Congreso recibió el auspicio de la Asamblea del Episcopado Argentino y sus organizadores actuaron, desde el principio al fin, con el espíritu de obediencia fiel al Magisterio de la Iglesia. Tal era y tal es el espíritu de la Asociación Católica Interamericana de Filosofía y de la Sociedad Católica Argentina de Filosofía, como explícitamente lo expresan en sus estatutos.

Así fue como, menos de un mes después de la clausura del Congreso, el Papa, al hablar en la Pontificia Universidad Santo Tomás de Aquino, con ocasión del simposio promovido por la Sociedad Internacional Santo Tomás de Aquino (17-11-79), dijo que aquella reunión se unía idealmente “con el celebrado recientemente en las cercanías de Córdoba, Argentina, por iniciativa de la Sociedad Católica Argentina de Filosofía, que ha querido celebrar la misma efemérides (el centenario de la *Aeterni Patris*) llamando a los mayores exponentes del pensamiento cristiano contemporáneo”.² En efecto, en el Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, se reunieron 671 congresistas, los que incluían casi un centenar de extranjeros. Algunos no pudieron asistir por razones de salud y ya son siete los hermanos que nos han precedido en el ingreso a la Casa del Padre: Giovanni Ambrosetti, Robert Caponigri, Aimé Forest, Carlos Giacon, Hans Ludwig Lippman, Juan Roig Gironella, Teófilo Urdániz. Los artículos, notas, referencias en libros y en bibliografías pueden, hoy, llenar un volumen, testimonio de la resonancia e influencia del Congreso. El P. Victorino Rodríguez, haciéndose eco del magnífico artículo publicado por Millán Puelles en el *ABC*, de Madrid (7-11-79) decía: “Cuando San Alberto Magno predecía, a mediados del siglo XIII, que los mugidos de su discípulo Tomás, ‘el buey mudo de Sicilia’, resonarían en el mundo entero, no podía imaginarse lo que iba a ocurrir en Argentina en 1979”.³ No deja de ser significativo que este movimiento expresado por los congresos

¹ Cfr. el vol. I de las Actas del Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, *La filosofía del cristiano, hoy*, pp. 13-30, Sociedad Católica Argentina de Filosofía, Córdoba, 1980; también en *Filosofar Cristiano*, IV, n° 7/8, pp. 162-179, Córdoba, 1980.

² Juan Pablo II, “El valor perenne del pensamiento filosófico teológico de Santo Tomás de Aquino” (7-11-79), reproducido en Actas del 1er. Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, vol. V, p. 2250.

³ En el Boletín *Virgen de Atocha*, enero de 1980, pp. 4-5, Madrid; cfr. el artículo de A. Millán Puelles, “Congreso Mundial de Filosofía Cristiana”, *ABC*, 17-11-79, Madrid.

mundiales de filosofía cristiana como remozamiento de las fuentes, profundización creativa, diálogo a la vez comprensivo y crítico con los problemas contemporáneos y difusión del pensamiento católico, haya comenzado y continuado en Iberoamérica. Esperemos que pronto, desde el "continente de la esperanza" (como le ha llamado Juan Pablo II), podamos implantar la obra también en el Viejo Mundo tan dramáticamente necesitado de renovación por la reevangelización de la cultura. Y siendo María Santísima "la estrella de la evangelización" como le llamó Pablo VI, cuando comencé los trabajos de organización del Congreso, designé a María, en mi corazón, la Invitada de Honor y así lo proclamé en el discurso de clausura. De ahí que los cinco tomos de las Actas hayan sido dedicados "A María Santísima, sede de la sabiduría, con amor filial".

Estos congresos mundiales de filosofía cristiana tienen, pues, un objetivo claro: por eso son, al mismo tiempo, explícitamente *católicos* y *científicamente* filosóficos y aún teológicos si fuere menester. Como lo ha señalado el Santo Padre con el ejemplo de Santo Tomás, sus dotes fueron, por un lado, *apertura* a toda verdad (viniere de donde viniere) y, por otro, rigurosa *crítica*. Obsérvese que, si no fuese crítica, la apertura al pensamiento contemporáneo sólo sería mundanización, "contaminación" y entrega a muchos errores y *dejaría de ser apertura*; si, en cambio, pretendiera ser sólo crítica sin la normal apertura a la comprensión y consideración de los problemas, no podría ni considerar adecuadamente ni comprender... y entonces también *dejaría de ser crítica*. Y en ninguno de los dos casos sería una auténtica búsqueda de la verdad. De esto se sigue la necesidad de que estos congresos sean exactamente lo que deben ser: explícitamente *católicos* y fieles a la *ortodoxia doctrinal* y recomendaciones del Magisterio. Si alguno piensa que esta constante atención a las enseñanzas del Magisterio anula o disminuye la criticidad de la filosofía como ciencia natural, olvida que así como la gracia cura y salva a la naturaleza como naturaleza, del mismo modo, la fe y la Revelación no sólo no han anulado ni disminuido a la filosofía como saber natural, sino que la han potenciado y purificado *como ciencia natural*. No hay, pues, que "escandalizarse" por nuestra proclamada adhesión al Magisterio y a la ortodoxia doctrinal católica; por el contrario, debemos sentir dolorosamente el escándalo real que produciría un pensamiento pretendidamente católico y científico que hiciera caso omiso de las directivas del Magisterio.

Ha sido precisamente Juan Pablo II quien, en la misma línea de todos sus antecesores, ha puesto de relieve lo que él llama "una preferencia ejemplar" (no exclusiva) de la Iglesia por Santo Tomás de Aquino: primero, por el "pleno obsequio de la mente y del corazón a la revelación divina"; segundo, por el "gran respeto que profesó por el mundo visible" (su realismo) y, tercero, por "la adhesión sincera y total, que conservó siempre, al Magisterio de la Iglesia".⁴ Estas tres razones han garantizado, enseña el Papa, "la ortodoxia de sus resultados" tanto en filosofía cuanto en teología como expresamente lo recomienda el Concilio Vaticano II en la *Declaración Gravissimum educationis*, n.º 10, como condición necesaria para la constante renovación de la Iglesia. Esto supone, a su vez y siempre según el Santo Padre, su "espíritu de *apertura* y de universalismo", entendida como "apertura al conjunto de la realidad" la que tiene su fundamento y origen en la "filosofía del *ser*".⁵ De ahí que, sostiene el Papa, "es superfluo subrayar cuánto deba la misma teología a esta filosofía, al no ser ella sino *fides*

⁴ "El valor perenne...", vol. V, p. 2252.

⁵ *Op. cit.*, pp. 2254-5.

quaerens intellectum' o 'intellectus fidel'. Por lo tanto, *ni siquiera la teología podrá renunciar a la filosofía de Santo Tomás*".⁶

En esta magna obra Santo Tomás no estuvo solo, recordaba Pablo VI, sino que hay que citar a San Alberto, San Buenaventura, Alejandro de Hales, Duns Escoto,⁷ todos los Padres y especialísimamente San Agustín; y la garantía esencial no ha sido otra, según Juan Pablo II, que las cuatro fidelidades del Aquinate: *fidelidad a la verdad*; es decir, al orden objetivo de las cosas mismas, al cual nadie puede ignorar de modo absoluto; por eso, aun en la doctrina más errónea es siempre posible encontrar algo verdadero;⁸ *fidelidad a la voz de Dios* porque a la fidelidad a la voz de las cosas en filosofía, corresponde, en Teología, la fidelidad a la Palabra; de ahí que "la verdad que propone la autoridad de la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo es, pues, la medida de la verdad" expresada por todos los doctores de todos los tiempos; por eso, nosotros, como el Aquinate, debemos preferir siempre la voz de la Iglesia a la de todos los profesores y doctores;⁹ la *fidelidad al hombre* pues la verdadera filosofía da a conocer el sentido de la persona humana, "tam nobilis creatura" (CG. IV, 1) y, en el orden teológico, "Cristo Redentor, insiste el Papa, revela plenamente el hombre al hombre mismo";¹⁰ por último, *fidelidad a los tiempos* porque el hombre es "como el horizonte de la creación, en el que se juntan el cielo y la tierra; como vínculo del tiempo y de la eternidad; como síntesis de lo creado".¹¹ Por eso, por un lado hemos de intentar resolver los desafíos que aparecen en el tiempo de la historia y, por otro, hacerlo posible mediante la fidelidad al orden objetivo del ser en filosofía y a la Palabra revelada en Teología.

Los dos discursos de Juan Pablo II que he recordado y reseñado aquí fueron por mí publicados, con una explícita intención, al final del volumen V, último de los tomos de las Actas del Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, porque ellos vinieron a ratificar plenamente el espíritu y el sentido esencial de aquel Congreso y la intención expresa de los organizadores como, asimismo, de los Estatutos de la Sociedad Católica Argentina de Filosofía y de la Asociación Católica Interamericana de Filosofía. Fuera de este espíritu, nuestros congresos no tendrían razón de ser. Trátase, pues en diálogo crítico, de *cristianar* al mundo en este tiempo de peregrinaje, y no de *mundanizar* el espíritu cristiano; en un tiempo de desobediencia habitual al Magisterio, trátase de practicar una libre y gozosa obediencia habitual, sobre todo porque solamente así seremos una eficaz herramienta en las manos del Señor de la Viña. Tales son, pues, las reflexiones mínimas al cabo de diez años del Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana; diez años que, como decía al principio, son como nada respecto de nuestra poquedad y, quizá, inconmensurablemente valiosos como cumplimiento de la voluntad de Dios. Por nuestra parte, comprometidos *en* el mundo (pero no *con* el mundo) y des-asidos de todo, hemos de seguir arando la tierra sin mirar atrás.

ALBERTO CATURELLI

⁶ *Op. cit.*, p. 2256.

⁷ *Lumen Ecclesiae*, n° 12 (expresamente citado por Juan Pablo II).

⁸ "Santo Tomás de Aquino, 'Doctor Communis Ecclesiae' y 'Doctor Humanitatis,'" en Actas del Ier. Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, vol. V, pp. 2263-2265.

⁹ *Op. cit.*, p. 2266.

¹⁰ *Op. cit.*, p. 2268 y *Redemptor hominis*, n° 10.

¹¹ "Santo Tomás de Aquino...", p. 2269.